

LOS LIBROS

CRITICA

SIN BRÚJULA, ensayo por D. *Melfi*.—
EL FESTÍN DE LOS AUDACES,
por A. *Guillermo Bravo*.

Acaso no sea tan arbitrario el juicio formulado por Ortega y Gasset de que el político es hombre de acción y el intelectual de contemplación, pues al leer dos libros publicados recientemente en este país acerca de nuestra realidad política (1) constatamos claramente esta diferencia en la forma como los autores de tales obras enfocan el plano de su visión. Así, don Alfredo Guillermo Bravo, no obstante la calidad de intelectual que se le da en la réclame de su libro, se nos presenta actuando «en la arena candente de la política»—para usar su original expresión. Sus observaciones se refieren a hechos tangibles, circunstanciales y a veces meramente adjetivos; individualiza; es concre-

to en sus apreciaciones; sólo ve lo cotidiano y nada más que lo cotidiano. Es intrascendente; no analiza, para él no hay causas remotas ni consecuencias que prever. Estudia el hecho, se circunscribe a la acción precaria e inmediata. Es un político, si aceptáramos el juicio de Ortega. Domingo Melfi bucea en la historia; se remonta a los antecedentes; adentra en las almas; extrae experiencias; generaliza, se eleva... Es intelectual. Don Alfredo Guillermo Bravo se refiere al 4 de Junio de 1932. Melfi pasea sus observaciones a través de toda nuestra vida republicana; examina el predominio del vasco enriquecido y católico; se detiene en el triunfo de las fuerzas democráticas del año 1920; ve cómo fueron anuladas, ya que no vencidas, por los militares, el año 1924; que estuvieron al servicio de esos mismos vascos enriquecidos y católicos; se asoma al abismo a que nos condujo la Dictadura, para presentarnos a la fecha caminando a la deriva, sin brújula... En su ausen-

(1) 4 de Junio: El Festín de los Audaces. (Empresa Letras) por Alfredo Guillermo Bravo.—Sin Brújula (Ediciones Ercilla) por Domingo Melfi.

cia de provincianismo, se remonta hasta los problemas que afectan por igual a los diversos pueblos de Indo-América.

Así también la diferencia de estilos. La prosa del señor Bravo es cáustica, enérgica, violenta a veces, frondosa siempre; se diría que habla en medio de una asamblea tumultuaria y que espera el aplauso al final de sus períodos rotundos. «América es tierra de oradores ampulosos». La prosa de Melfi es serena en su acento cálido de condenación; vagarosa a veces, grave y digna como quien se dirige desde un editorial.

Parapetado en la Constitución, don Alfredo Guillermo Bravo embiste en contra de los que derrocaron el Gobierno de don Juan Esteban Montero, y llama facinerosos, embusteros, hospicianos, etc., a los que contribuyeron a tomarse el Poder el 4 de Junio. Dice que obraron impulsados por ambiciones deleznable, sin que ninguna noble pasión los animara. Según su opinión, el Gobierno derrocado, del cual formaba parte el propio señor Bravo en calidad de Ministro de Educación, era de los mejores que haya habido en nuestra historia política. Lo cierto es que en esa época, no se resolvió ningún problema, aun los más sencillos, como el del diario *La Nación*, o la disolución del Congreso inconstitucional designado por el señor Carlos Ibáñez y del cual formó parte el señor Bravo. (El Gobierno del señor Montero fué, pues, constitucional a medias). Nada diremos de problemas más trascendentales, como el de la Co-

sach y la cesantía. El pueblo podía morir de hambre, pero la Constitución era respetada. Se quiso entonces gobernar con el mismo criterio con que se hacía antes del año 20, y se exhumaron los más anacrónicos de nuestros políticos para ponerlos al frente de los negocios públicos.

Representaban éstos— escribe Melfi—doctrinas ya caducas, banderas desteñidas, que habían hecho ya la jornada.

Eran los mismos que defendieron en otra época los intereses de las clases oligárquicas y que permanecieron indiferentes ante la entrega del país al dominio del capital extranjero. Para ellos, en Chile no había ocurrido nada, y el mundo, a su juicio, continuaba escuchando aún los principios que impulsaron a los revolucionarios franceses. No había habido guerra ni crisis mundiales, el capitalismo estaba floreciente; todo era obra de «los agitadores profesionales». Con ese criterio, los problemas dormían encarpetados.

Don Alfredo Guillermo Bravo es implacable en sus juicios. Aceptamos en todas sus partes el juicio condenatorio que le merece la gestión gubernativa del señor Dávila, menos allí donde dice:

En aquellos momentos ya no quedaba en pie como elementos de alguna significación, sino el Ministro de Hacienda, Zañartu.

No dudamos que el señor Zañartu tenga alguna significación en el campo político en el cual ha actuado el

señor Bravo. Pero debemos recordarle que en esa época don David Cruz Ocampo, Secretario General de la Universidad del Sur y autor de un interesante ensayo titulado «Intelectualización de Arte» y otros estudios de estética literaria, era Ministro de Educación, es decir, honraba ese Ministerio.

Hay que establecer una diferencia entre el anhelo revolucionario de los que estuvieron en el Poder desde el 4 de Junio hasta el 16 del mismo mes y la actuación de los que les siguieron. Se tomaron los primeros el gobierno impulsados por el clamor de angustia que partía de todos los ángulos de las clases sufrientes, en un noble deseo de romper la desidia y el egoísmo y enderezar la economía pública por nuevos caminos, de acuerdo con una estructuración estatal de la sociedad. Durante esos días hubo vaguedades, timididades, imprecisión, demagogia, y fué ese movimiento apoyado por la fuerza de las armas. Ese fué el error, y de ahí que estimemos que fué ésta una revolución malograda. A pesar de que el señor Bravo la califique de mero asalto, continuamos creyendo que el 4 de Junio fué una revolución en el sentido de que se quiso remover la organización de una sociedad carcomida hasta sus cimientos. Parece que para el señor Bravo una revolución es sólo tal cuando ha habido abundante derramamiento de sangre. (El advenimiento de la República española en el cual apenas si hubo lucha sangrienta, para el señor Bravo no es acaso un movimiento revolucionario). De ahí

las loas que canta a la inútil y absurda revolución de 1891, que trajo al país la desgracia del entronizamiento del parlamentarismo retórico, bizantino e irresponsable, y del cual se quiso reaccionar en 1923.

Se lamenta el señor Bravo de las masacres que ordenó hacer el señor Dávila. Compartimos sus jeremias. Pero sepa que los que cayeron fueron los que defendían los auténticos principios del 4 de Junio y no los civilistas de las huestes de él.

La posición en que se coloca el ex-Ministro de Educación es definida; defiende él la política y los políticos que imperaron hasta el 4 de Junio. Representaban ellos lo más reaccionario que ha habido en nuestro país en el sentido económico y social; no comprendieron el «hombre nuevo» que se formó en los días turbios de la Dictadura militarista. Volviendo espaldas a la realidad, se dedicaron a repartirse las granjerías públicas entre los «perseguidos por la Dictadura» y los partidos históricos... Un hombre, don Juan Esteban Montero, profesor de derecho y honesto ciudadano, fué la víctima... El no conocía esta «política criolla de la emboscada continua y del *pial* sorpresivo»... Conozcamos el agua fuerte con que nos lo relata Melfi:

El venía de una región de propietarios. Tenía su raíz en el campo. Tal vez su buen sentido, un poco testarudo y obstinado, era emanación de la casa recia, labrada, entre cerros, en un pequeño valle, cercano al mar. Oía, sin duda, al mar, batir su resaca turbia y fantástica, a lo lejos. Ese rezongo gruñón, traía la resonancia de un mundo en ebu-

lición. Pero él no quería comprender la movilidad, el inquieto afán de los horizontes, la sensación vertiginosa de la aventura, el envión en busca de nuevas esperanzas... Prefería por eso la tierra, con sus pasiones; los valles encajonados, quietos y dormidos a la sombra de los cerros hirsutos, entre matorrales que escondían extraños signos fantasmales. Era hombre tierra adentro. En él se aliaba el hombre de gabinete, cuya existencia fluía sin tropiezos, en el tibio silencio de su sala de estudio, entre los oscuros anaqueles que oprimían toda la historia y toda la ciencia del derecho. Del rincón familiar iba hacia los tribunales de Justicia y de éstos al refugio de su hogar. De paso, tal vez, levantaba la cabeza sobre sus espaldas un poco cargada de estudioso, para mirar a Montt y Varas, que encarnaban el férreo espíritu de la ley y que debieron dominar sobre estrechos círculos de hacendados y de comerciantes.

La oligarquía plutocrática—agrega el mismo Melfi más adelante—lo estrecha entre sus tenazas férreas. Terratenientes, banqueros, burócratas ostentosos, grandes jefes militares, las fracciones reaccionarias de la política, la iglesia, todos giran en torno de él, estrechando el círculo de los intereses. En el triunfo olvidan las sombrías, las inquietantes realidades que extienden sus harapos a todo lo largo del territorio...

Conociendo estos hechos, habiendo escuchado el sordo rumor de la calle, que era también avispero de los ambiciosos, viendo cómo el hambre atenaceaba las carnes famélicas de los innúmeros cesantes que pululaban en desfile angustioso, nos podemos explicar que haya gentes para quien la Constitución es algo que se puede violar...

Para el señor Bravo todo esto es

un mero problema de política casera, que se resuelve con disciplina y sanciones, afianzando la democracia, y rindiendo culto a la libertad. La libertad le arranca su lirismo más encendido y emocionado a su lira en receso... Y en defensa de la democracia cita a Estados Unidos, Inglaterra, Francia, España, Alemania, Méjico. A través de su innegable erudición, el señor Bravo no divisa ningún síntoma de descomposición en la sociedad actual. Ni doce millones de cesantes que hay en Norte-América, ni la marcha del hambre sobre Londres, ni los asaltos cotidianos en Alemania, ni la miseria del mundo, nada de ello, le revela algo al señor Bravo. Y España que llega a ser intransigente en su posición izquierdista y Méjico... La libertad política está aherrojada en numerosos países civilizados, sólo queda intacta la libertad de morir de hambre. Por eso que para muchos la democracia es un mito.

A propósito de Rusia, dice que Barbusse ha revelado en

libros sangrientos de dolor e indignación lo que es en Rusia el infierno de la dictadura en nombre de una reforma que se dice emancipadora.

Pues bien, quien haya leído el libro «Rusia» del autor de «El fuego» sabrá que éste es un admirador de la U. R. S. S. Preferimos creer que el señor Bravo no conoce ese libro de Barbusse.

Según Melfi nuestro país atraviesa por un período de descomposición moral, cuya expresión más aguda la encuentra en la bu-

rocracia; hay falta de disciplina espiritual. Es mediante la cultura como cree Melfi que encontraremos la ruta perdida; la cultura tiene para el autor de «Sin Brújula» un sentido místico, mesiánico.

La magna tarea—dice—está contenida en la trayectoria de una sólida cultura. Es decir de una cultura esencialmente humana que permita al hombre abarcar la medida de sus fuerzas y de sus límites; que sepa colocar al hombre en el sitio que le corresponde. Una cultura que infunda en el hombre nuestro la alegría de la creación y no esta desesperanza que lo estrecha al asomarse a la vida. Porque la cultura es estímulo, es exaltación de la voluntad en el sentido de superación, de realización.

No obstante el poder que le reconocemos a la cultura de sofrenar los instintos y aquietar las pasiones agresivas, dando el hombre la comprensión de su verdadero destino, creemos que ella—la cultura—no nos trae la solución de nuestros problemas. Alemania que había llegado a ser el paradigma de los países cultos, actualmente se reuerce en medio de la más trágica lucha social, cuyo origen arranca de un problema biológico: el del hombre hambriento que quiere vivir.

Acaso la brújula nos la dé ese hombre nuevo de que habla Melfi, que

ha dado vida a nuevas concepciones jurídicas que lo consideran no como un ser aislado, sino en función del grupo social al cual pertenece. Que ha creado nuevas organizaciones económicas, en las que la propiedad

deja de ser un derecho absoluto para convertirse en una función social. Que quiere una organización racional de la producción y de la distribución. Que quiere una ética nueva, en armonía con la transformación de las costumbres, con las nuevas normas de la personalidad humana, libre de prejuicios enmohecidos, de dogmas caducos, más digna y noble.

Y sólo entonces tendremos la estabilidad social y política deseada.—
Milton Rossel.

NOVELA

LA SELVA, novela, por *Ferreira de Castro.*

Lo característico en todas estas novelas destinadas a pintar la vida en las selvas tropicales, es el aplastamiento del hombre, su aniquilamiento ante la poderosa grandeza de los elementos naturales. Cuando el hombre penetra en sus sendas tortuosas e inextricables, o es devorado por su maleficio o se convierte en una personificación de la perfidia. Para subsistir adquiere las mismas armas con que la naturaleza quiere destruirlo. La selva lo don inatodo. No es el segundo reino, es el primero en fuerza y en categoría y todo lo demás queda en un plano secundario. El hombre— escribe Ferreira— simple viandante por el flanco del enigma entrega su vida a la dominadora. El animal desgárrase en el imperio vegetal y para tener alguna voz en la soledad reinante, forzoso se le hace vestir piel de fiera. El árbol solitario que, en Europa, bordea melancólicamente cam-